

VERGÈS, Françoise. *Un feminismo descolonial*. Trad. Marisa Pérez Colina. Madrid: Traficantes de Sueños, 2022. 135 páginas. ISBN: 978-84-124538-7-4.

El argumentario de la politóloga y activista antirracista francesa Françoise Vergès (Isla de Reunión 1952) en contra del feminismo civilizatorio francés es, a su vez, una defensa del término y de la autodenominación como feminista. Esta aparente contradicción es la que explica en el ensayo *Un feminismo descolonial*. La autora propone una manera de «nombrarse feminista» que sea la vía de salida ante los problemas, la violencia y la invisibilización que ha acarreado el carácter universalista del feminismo blanco y occidental al activismo anticolonial y antirracista. En 2019 se publicaba este ensayo por La fabrique en París, pero la traducción de Marisa Pérez Colina en la colección *Mapas* de Traficantes de Sueños nos permitió su lectura en castellano en 2022. Desde las primeras páginas acompañamos a Vergès en su separación, negación y crítica del término feminista, hasta su viaje de vuelta. Se reapropia del nombre feminismo porque «arraiga en la conciencia de una experiencia profunda, concreta y cotidiana de una opresión producida por la matriz Estado, patriarcado y capital que fabrica la categoría mujeres» (42). De alguna manera, el feminismo plural, transnacional y descolonial amplio es la salida más lógica a la tensión histórica con el feminismo occidental, es la salvación para las activistas antirracistas y anticoloniales y, a su vez, permite cumplir con el compromiso para reconocer los sacrificios de las mujeres del sur global, para «honrar sus vidas» (23).

Las citas iniciales de Frantz Fanon y Audre Lorde nos dan una pista de las referentes de la autora, que sigue la línea en sus conversaciones con el poeta martiniqués Aimé Césaire, plasmadas en la obra *Nègre, je suis, Nègre je resterai. Entretiens*

*avec Aimé Césaire* (Vergès 2005). Además, a lo largo del texto va a tomar los aportes de filósofas francesas como Elsa Dorlin, por su explicación de cómo los naturalistas se inspiraron en la diferencia sexual para elaborar el concepto de raza en las colonias del Caribe, y Jules Falquet con su crítica al feminismo desarrollista. También hace alusiones puntuales a la trayectoria latinoamericana decolonial, en especial con el concepto de colonialidad de género de María Lugones; así como a las de trayectoria poscolonial, como la crítica al universalismo del género de Oyeronke Oyewumi, y sobre todo la crítica realizada por las feministas musulmanas (Lila Abu-Lughod, Chandra Talpade Mohanty, entre otras) a la ideología orientalista, paternalista y salvadora del feminismo civilizatorio francés.

Pero no es precisamente la teoría lo que caracteriza a este ensayo, sino la materialidad histórica, actual y cotidiana con la que la autora acompaña su reflexión, como también apunta Jeanne Naumovic (2019) en su reseña a la edición francesa. Ese mundo real desde el que habla Vergès me hace comprender que escribí esta reseña en uno de los despachos que la autora nombra en las primeras páginas y que limpian manos de mujeres invisibles, porque «cada día, sin descanso, millones de mujeres se encargan de limpiar el mundo» (12). La apertura del texto con la referencia de la huelga de un grupo de mujeres racializadas en 2018 contra la compañía de limpieza francesa Onet —que me recuerda a las huelgas de las limpiadoras de hoteles canarias en 2017 y 2018— nos hace comprender que Françoise Vergès va a hablarnos de las mujeres, de la raza y de la clase, y de sus luchas antipatriarcal, antirracista y anticapitalista.

A partir de este hecho, la primera parte del texto resume los argumentos del feminismo descolonial y la formación histórica del feminismo civilizatorio francés hasta los años noventa. Para





explicar esa línea histórica, François Vergès se pregunta, principalmente, por qué en la actualidad converge el feminismo neoliberal con las corrientes nacionalistas xenófobas, en particular en el contexto francés. Este feminismo se va a formar como blanco, porque se identifica con lo europeo y con una «parte del mundo que ha sido construida sobre un reparto racializado del mismo» y burgués, «porque no ataca al capitalismo racial» (35). Por eso, para la autora la relación con la xenofobia se explica porque al feminismo civilizatorio le va a suceder lo que apuntaba Aimé Césaire que le pasaba al colonizador: la colonia lo «desciviliza». «La colonización embrutece al propio sujeto colonizador, promueve un proceso de asalvajamiento del continente europeo, incide en una descivilización» (Césaire 2006, 15).

La autora también propone una pedagogía descolonial crítica, desde el análisis de la opresión de una forma multidimensional y no tanto interseccional. Este concepto lo toma del profesor Darren Lenard Hutchinson, que tiene en cuenta la totalidad de las relaciones sociales como muchos hilos en unas redes de opresión que «tejen una telaraña» (39). Vergès plantea una postura estructuralista y anticapitalista, pero mediante este enfoque multidimensional evita jerarquizar y segmentar las diferentes luchas (la justicia medioambiental, el derecho de las personas migrantes y el fin de feminicidios, por ejemplo). Al lado de esta vía pedagógica, como vía política propone la «utopía descolonial», que tiene su referente en el «feminismo del cimarronaje». Esta resistencia histórica de personas esclavizadas la ve como un ejemplo de política de la desobediencia que permite cuestionar la naturalización de las opresiones del capitalismo que se ha hecho en el discurso occidental.

Al final de esta primera parte, Vergès plantea una genealogía del feminismo civilizatorio, desde el feminismo burgués del siglo XVIII hasta el feminismo desarrollista de los setenta. En ese recorrido, salvo excepciones como Flora Tristán o Loise Michel, la mayoría de las feministas del XIX apoyaron el imperialismo colonial, porque «la colonia ofrece la posibilidad de desplegar los valores y principios del feminismo» (51). La herencia colonial explica que, después de los setenta, se integrara la agenda feminista en

organismos como la ONU, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y las ONG bajo la fórmula neoliberal de *women's empowerment*, con una perspectiva salvacionista y racista hacia el Tercer Mundo, en nombre de los derechos de las mujeres (70).

Esa explicación histórica, con la entrada del feminismo civilizatorio en las esferas del poder, da sentido a la segunda parte del ensayo, que se centra sobre todo en la persecución de la laicidad desde el feminismo francés, materializada en la guerra cultural contra los símbolos que se consideran opresores y propios de un «patriarcado tradicional» y no moderno, en especial el uso del velo. Es importante resaltar la denuncia que hace la autora a las ofensivas contra las feministas descoloniales, afro y musulmanas en Francia, acusadas de racismo antiblanco, una violencia que lamentablemente ha caracterizado a la política francesa en los últimos años. Ese giro violento se inserta, según la autora, en el afianzamiento de diferentes tipos de feminismos antirrevolucionarios que comparten la óptica civilizatoria (feminacionalismo, femiimperialismo, femifascismo y feminismo de mercado). Pero, además de esta cara más opresiva o reaccionaria, lo que también le preocupa a Vergès es la «inclusión liberal» del feminismo, con el éxito de ventas de libros de feministas *mainstream*, que no apuntan a un cambio en las estructuras de poder sino en la superación individualista, así como la mercantilización de mensajes feministas en el mundo de la moda más capitalista.

Frente a esta realidad, Vergès nos invita a reescribir la historia de las resistencias, a desvelar el blanqueamiento y la falsa pacificación impuesta al pasado de lucha feminista y a iconos concretos anticoloniales y antirracistas que contestaron a la norma colectivamente y no de manera individual (como Rosa Park). Este mensaje lo transmite desde un tono de denuncia, directa y severa, a lo que pocas veces estamos acostumbradas en el mundo de los eufemismos académicos.

Finalmente, Vergès nos lleva de vuelta al inicio de su argumentación, para ahondar en la racialización del empleo del hogar, en las denuncias de las feministas negras a este problema estructural que no se abordó en la lucha para el salario del trabajo doméstico de las feministas

marxistas blancas francesas en la década de los setenta. De esta forma, Vergès ilustra la situación de opresión de las mujeres racializadas por causa de una «economía del agotamiento de los cuerpos», que divide la sociedad en unos cuerpos que tienen derecho al descanso y la salud, y otros que carecen de estos derechos. Los últimos tres apartados concluyen el ensayo con las cifras y los casos más cruentos y reales de la vida de las trabajadoras de la limpieza, la división racial del mundo entre el hábitat limpio y el sucio y la explotación e invisibilización de estas mujeres.

*Un feminismo descolonial* es una obra de obligada referencia para las mujeres blancas feministas que queremos participar en la descolonización de los espacios, los cuerpos y las mentes, y ser activamente antirracistas, pero admitiendo en todo

momento «que se es blanca, esto es, reconocer que determinados privilegios han sido asignados históricamente a este color» (45).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CÉSAIRE, Aimé. *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid: Akal, 2006.

NAUMOVIC, Jeane. «Françoise Vergès, Un féminisme décolonial, La Fabrique, 2019». *Revue internationale des études du développement*, 248 (2022) (<http://journals.openedition.org/ried/360>).

Laura Sabina GONZÁLEZ CARRACEDO  
Universidad de La Laguna

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.clepsydra.2023.24.07>

